

Múltiples formas de vivir lo universitario

Rafael Aragunde, Ph. D.¹

Dedicado a la memoria del universitario Tomás Jiménez

Resumen del artículo

El término Universidad ha sido un equívoco en más de una ocasión. No solo desde un comienzo, al dar a entender lo que no era, y en sus largos siglos de existencia, porque invisibilizó las grandes transformaciones que al interior de las universidades se daban, sino en nuestra época porque no acaba de proyectar la multiplicidad de realidades académicas que hoy abundan en la extraordinaria cantidad de instituciones de enseñanza superior. Además, las instituciones universitarias privadas puertorriqueñas son frecuentemente ignoradas en esta dinámica, pero ellas son indispensables en el futuro de lo que se viva en este ámbito cultural de extraordinaria importancia y se tienen que tomar en cuenta si aspiramos a atender responsablemente los retos actuales de la educación superior.

Abstract

The term University has been used equivocally more than once, not only from the beginning, when it was thought to mean what it was not, and throughout the centuries when it made invisible the great transformations that were taking place inside colleges and universities, but also in our times when it hardly projects the multiple academic realities that flourish in the many higher education institutions that coexist. Besides, when we talk or write about these matters, Puerto Rican private colleges and universities are frequently ignored, but they are vital and cannot be pushed away. They need to be taken into consideration because without them we won't be able to deal responsibly with the challenges that higher education confronts in our island. And mounting challenges, which should be dealt with like if they were opportunities, is what is laying ahead of Puerto Rico's colleges and universities.

Palabras Claves:

IES, *Baby boomers*, política económica neo liberal, Land Grants (Acta Morrill), Aristóteles, Modernidad

¹ El autor es catedrático adscrito a la Facultad de Educación y Profesiones de la Conducta de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto Metropolitano y ex-secretario del Departamento de Educación de Puerto Rico.

El término universidad ha sido un malentendido. En el Medievo la universidad, *universitas*, hace referencia al gremio del que se formaba parte, fuera este el de “los Barberos, carpinteros o estudiantes”, y los profesores y los estudiantes se organizan como una universidad o gremio cualquiera que aspiraba a crear las condiciones en las cuales se podían desempeñar óptimamente².

Sin embargo, con el tiempo solo los claustrales y los estudiantes conservan el título de universidad. Se trata de académicos que en su mayoría se ha ido liberando del servicio a la Iglesia. Muchos de ellos, pero no todos, ya habían enseñado en las llamadas escuelas catedralicias, a veces cerca de la sacristía, en ocasiones hasta al aire libre, en las que se le iniciaba a los futuros sacerdotes en la lectura y la escritura, ligadas exclusivamente a la biblia cristiana. “Históricamente, la palabra universidad no tiene ninguna conexión con el universo o la universalidad del conocimiento”, ha escrito Charles Homer Haskins, referencia imprescindible en el campo de los estudios de la universidad medieval³. En aquella universidad no habrá tal cosa como universalidad ni inclusión de ningún tipo. Esto será así en las primeras universidades del siglo doce, como también lo será en las que se creen posteriormente en los siglos trece y catorce. Aquellos universitarios se prepararían en la tradición cristiana, como los judíos lo hacían en la suya, como también los mahometanos lo hacían a través de su libro sagrado, el Corán. La pedagogía era sencilla. Se escuchaba al profesor leer de inmensos libros y se tomaban apuntes. Pero era la memoria el instrumento pedagógico más importante.

No se debe perder de vista que los estudiantes constituían también un sector clave en aquella nueva dinámica académica que se hacía posible por el despertar de múltiples ciudades y sus mercados, y el tránsito por caminos y carreteras que volvían a ser seguras después de siglos. En Boloña, por

² Homer Haskins, Charles, *The Rise of Universities*, 5th. Printing, Ithaca: Cornell University Press, 1962, p. 9.

³ Ibid.

ejemplo, aunque eventualmente autorizados por el legendario Federico Barbarossa en 1158, quien les reconoce y derechos y hasta privilegios, los estudiantes eran los que se habían constituido en una *universitas* “como un medio para la protección (against) en contra de los habitantes de la ciudad, por el precio de los hospedajes y otras necesidades”⁴, y para conseguir profesores que les iniciaran en el estudio del derecho. La Universidad de Bologna, conocida como la *Bolonia docta* desde 1199, la fundarían estudiantes provenientes de Italia, pero también del norte de Europa, que se habían reunido allí, según consta en cartas y poesías, para compartir su pasión por el saber, muy atentos a sus intereses, como los profesores lo habían hecho en París. A su favor tuvieron en aquellos primeros tiempos que no teniendo edificios, la universidad se constituía donde quiera que los estudiantes estuvieran y si no eran tratados de modo justo, podían llevársela a otras comunidades donde apreciaran más su aportación económica. Aunque no se debe olvidar que los respectivos monarcas, quienes entonces apenas comenzaban a adquirir poderes, las tenían que autorizar y ejercían sobre ella mucha influencia, como al Papa le correspondía con las que se creaban bajo el manto de la Iglesia. Por cierto, fue el rey Enrique II de Inglaterra quien le dio un gran impulso a la Universidad de Oxford al prohibirles a los estudiantes de su reino en el 1167 que continuaran estudiando en la Universidad de París.

Aquella universidad medieval respondió a la concepción aristotélica de la realidad, según la entendiera sobre todo el filósofo italiano que enseñara en París, Tomás de Aquino. El contenido de lo que se llamó el *trivium*⁵ y el *quadrivium*⁶ provenía de las obras de quien era conocido como el filósofo sin más, Aristóteles, y quien las había escrito mil quinientos años antes. Si bien es cierto

⁴ Ibid.

⁵ Gramática, dialéctica y retórica.

⁶ Aritmética, geometría, astronomía y música.

que en los comienzos, allá en los siglos doce y trece, el escenario lo compartiría con el pensamiento de herencia platónica del obispo cristiano del siglo quinto Agustín de Hipona.

Esta universidad medieval tiene larga vida en algunos países, una vida mucho más corta en otros. Dependerá de la relevancia que continúe proyectando el cristianismo entendido a la manera aristotélica. Cuando la física clásica, a partir de Copérnico y culminando con Isaac Newton, imponga su paradigma, aquellas instituciones universitarias se irán vaciando y las distintas academias de ciencias nacionales, creadas en el ambiente ilustrado que se da en algunos lugares entre el siglo 17 y el 18, se harán centros de estudio más atractivos. Aunque muy pronto con entusiasmo ilustrado se inaugurará lo que será entonces conocida como la universidad liberal, más comúnmente descrita en Francia y en la América latina como la universidad napoleónica. La primera de estas fue el llamado Politécnico o Escuela Politécnica parisina, en el 1794, y en medio de la Revolución Francesa. Hacían falta ingenieros; los que había en aquella Francia desestabilizada, se habían marchado y se necesitaba que se atendieran las llamadas obras públicas de la nueva república.

En Alemania se funda la segunda, la Universidad de Berlín. Fue al lingüista Wilhelm von Humboldt, hermano del explorador Alexander von Humboldt, a quien se le encarga su organización. Las universidades volvieron a llenarse: unas se reinventaron y otras se crearon a partir del reclamo de una burguesía que ya no se sentía a gusto con el talante teológico que había caracterizado las antiguas instituciones. El entendido sobre el cual se funda ya no es religioso. Se dirige sobre todo a nutrir lo público según lo entendían algunos de los intelectuales orgánicos de la burguesía y a servirle sobre todo a esta clase social que la subvenciona. Por eso el gran filósofo

existencialista Karl Jaspers⁷, en su valioso escrito “La idea de la Universidad”, escribe con una naturalidad ajena a nuestros tiempos que “las universidades como instituciones son establecimientos del Estado”. A Jaspers no le podía pasar por la cabeza que no fuera así, aun cuando escribía esto al final de la Segunda Guerra Mundial, momento en el que no quedaba nada de Alemania y el Estado germano no se había mostrado particularmente ideal. Para Jaspers, según escribía apasionadamente, la Universidad era “la expresión de un pueblo. Aspira a la verdad, quiere servir a la humanidad, y representar sin más, lo humano”.

Pero Jaspers pertenece a la tradición idealista tudesca que tiende a ver en el Estado una instancia espiritual, según lo entienden los alemanes mediante el término *geist*, por encima de las tensiones sociales, políticas y económicas, muy distinto a Karl Marx, quien escribe que “el gobierno del Estado moderno no es más que una Junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”⁸. Este último, del cual al analizar su crítica a instituciones liberales no se puede perder de vista su convencimiento de que “la burguesía ha desempeñado en la Historia un papel altamente revolucionario”⁹, sentó las bases para el muy saludable escepticismo que hoy nos caracteriza con respecto a la educación superior, pues ¿respeto el Estado nuestra búsqueda de la verdad, nuestro servicio a la humanidad, como lo creía Jaspers?

El Estado respetó la universidad mientras esta se dedicó al quehacer teológico, mientras la filosofía se caracterizó por tonos idealistas y se enorgullecía de su falta de relevancia, mientras la historia fue repaso de efemérides y revisión de los monumentos y las ciencias mera descripción del macro y del microcosmos. Pero cuando claustros y estudiantes decidieron que había que ir más allá y

⁷ Ver Jaspers, Karl, “La idea de la Universidad”, en Fichte et al, *La idea de la universidad en Alemania*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1959.

⁸ Ver de Marx, K., y Engels, F., *El Manifiesto del Partido Comunista*, 4ta. edición, San Juan: EDIL, 1973, p. 14.

⁹ Ibid.

cuestionar la legitimidad de un Estado que no le hacía justicia a la mayor parte de sus constituyentes, esto cambió.

Pero cambió también cuando esa misma burguesía que funda la universidad liberal descubre que necesita de estas, más bien de las escuelas superiores, *Hochschulen* en Alemania, para adelantar sus intereses económicos. En Alemania se le respetará a las universidades que tienen una tradición filosófica que continúen sus a veces muy difíciles de entender reflexiones ontológicas, pero otras se dedicarán muy exitosamente a una investigación que les ha llevado en par de ocasiones a reconstruir económicamente el país. No es incidental que estas sirvan de modelo a las universidades estadounidenses que a partir de mediados del siglo diecinueve se convierten en emporios de investigación. Entre estas cabe mencionar a las llamadas *Land Grants* que se crean con el Acta Morrill a partir de 1862 y entre las cuales debe incluirse el Recinto Universitario de Mayagüez fundado en el 1911.

De responder en el Medievo a la Iglesia o al Príncipe, en la modernidad temprana la universidad pasa a responder a una clase social que fue, por las razones que sean, transformando nuestra realidad en un inmenso mercado. Todo llega a convertirse en una mercancía con precio y naturalmente los universitarios nos indignamos cada vez más, nos indignamos ciertamente, pero no hacemos mucho más, frente a la posibilidad de que el mismo conocimiento y toda aquella pasión con la que, como escribía Jaspers, “aspiramos a la verdad y queremos servirle a la humanidad”, se llegue a manejar frívola y en ocasiones malignamente.

Según se sabe, acá en Puerto Rico no tuvimos universidades medievales. Sin embargo, la historia de la universidad liberal entre nosotros, que es la universidad que nos ha acompañado hace poco más de cien años, no ha sido desafortunada aun cuando estemos convencidos de que hubiera

podido haber sido mucho mejor. Desde luego, tampoco se puede olvidar que se nos prohibió tener una institución de educación superior durante los 400 años de dominio español. Ni tampoco merece olvido que cuando se funda la Universidad de Puerto Rico (UPR), según veremos, no se hace tanto para dar con la verdad o para servir a la humanidad, recordando a Jaspers, sino más bien para que se nos pudiera colonizar mejor. De todos modos, lo que perdimos en cronología y luego con la americanización que se nos ha querido imponer, lo hemos ganado en intensidad pues tanto la búsqueda de la verdad como el servicio a la humanidad es lo que ha guiado sus facultativos desde el momento en que entre nosotros lo universitario comenzó a desarrollarse.

La fundación de la UPR, a ser subvencionada por el gobierno, por uno de los primeros Comisionados de Instrucción, nombrado en el 1903 por el Presidente de los Estados Unidos, Samuel Mc Cune Lindsey (1902-1904), estuvo en función de las necesidades que este, desde la perspectiva del colonizador, percibió en el ámbito escolar. Se necesitaban maestras y maestros, sobre todo maestros de inglés y maestras fueron las que comenzaron a egresar de las aulas universitarias que naturalmente seguían un currículo elaborado desde una perspectiva claramente no puertorriqueñista ni puertorriqueñante. Esto no impediría que estudiantes del Recinto de Río Piedras desde las primeras décadas organizaran marchas y huelgas denunciando el status colonial del país¹⁰. Tanto académicos como estudiantes y el personal docente tomaron muy en serio aquello de que la UPR era del pueblo de Puerto Rico, que se trataba de una institución pública.

No sería hasta el 1925, cuando se da lo que se podría describir como la primera reforma universitaria boricua, que a través de sus estudiosos el país por fin reclama protagonizar su primera universidad. Entonces se crea el Departamento de Estudios Hispánicos del Recinto de Río Piedras,

¹⁰ Ver Aragunde, Rafael, *Sobre lo universitario y la Universidad de Puerto Rico*, Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas, 1996, pp. 9 ss.

el cual no solo contará con valiosos estudiosos de nuestra realidad como Antonio S. Pedreira, Margot Arce de Vásquez y Concha Meléndez, sino que atraerá a través de los tiempos estudiosos internacionales de las letras hispanas y latinoamericanas como José Vasconcelos, Tomás Navarro Tomás y Fernando de los Ríos.

Dirigió la UPR en aquel momento su primer rector a tiempo completo, Thomas Benner, aunque los ideales de una universidad panamericana en Puerto Rico, tan en voga en aquel momento, no venían de él, según ha mostrado Carlos Rodríguez Fraticelli¹¹. A este le substituiría pronto Carlos Chardón padre, un científico muy serio que tristemente por su misma capacidad pasó la mayor parte de su gestión viajando por América Latina. Es en el 1942, tras la victoria del PPD en las elecciones del 1940, que la UPR tiene una ley universitaria a la altura de los tiempos y hasta ejemplar. En ella se recalca sobre todo la responsabilidad de la educación superior con la sociedad que la subvenciona. Desde luego, no se trató de una universidad sin conflictos. No había espacio para la participación claustral ni para la estudiantil, pero el norte lo constituía la formación académica y profesional de un pueblo que había vivido en la miseria durante siglos y que en su mayoría la continuaba sufriendo. La universidad se confundió un tanto con la administración de la todavía colonia y la mordaza que se le impuso al país dolió más sobre todo en el Recinto de Río Piedras. Allí se proyectaba hacia el exterior calidad como consecuencia de la presencia de grandes figuras sobre todo emigradas del fascismo franquista, como Juan Ramón Jiménez, pero hacia adentro habría de vivirse una progresiva reconciliación con el *status quo* y la dependencia que apuntaban hacia un agotamiento de un proyecto social, aunque no político, de avanzada, lo que llevaría no solo a la fundación del Instituto de Cultura Puertorriqueña a mediados de los años cincuenta sino también a que se reclamara algunos años más tarde otra reforma universitaria.

¹¹ Ibid., pp. 99-114.

Pero al reflexionar sobre lo universitario en la Isla no pueden continuarse perdiendo de vista las llamadas universidades privadas, las cuales también están subvencionadas por el Estado, sito no en San Juan sino en Washington DC. Es un tema que en su día tiene que discutirse en su día con mucha profundidad. La Universidad Interamericana o Instituto Politécnico de Puerto Rico, según se conoció en los comienzos aunque fue hasta el 1952 un “colegio de artes liberales” donde no se preparaban maestros, según Alfonso López Yustos, se funda como una escuela elemental y secundaria en el 1912¹². Fue producto de una división geográfica que hicieron de Puerto Rico una serie de iglesias protestantes estadounidenses. El pastor a quien se le encargó la evangelización del suroeste, John Will Harris, quien era egresado de la Universidad de Princeton, soñó con una institución universitaria con base firme en la comunidad circundante y aunque probablemente nunca se deshizo de la visión de destino manifiesto con que los estadounidenses trataban a los descendientes indígenas, africanos y españoles que éramos y somos los puertorriqueños, su aportación fue generosa.

La institución que hoy conocemos como la Universidad del Sagrado Corazón se había fundado también como escuela en el 1880, pero para féminas solamente, y no incorporaría elementos universitarios hasta el 1935. Además, se mantuvo exclusivamente como institución dedicada a la educación de mujeres hasta finales de los años sesenta del siglo veinte.

Por su lado, la creación de lo que hoy es la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico tuvo como inspiración no tanto la evangelización sino, una vez más, la supuesta necesidad de maestras escolares que enseñaran inglés. La fundaron en el 1949 familias adineradas como la Ferré y la Valdez y la impulsaron los últimos obispos estadounidenses católicos que se nombraron para

¹² López Yustos, Alfonso, *Historia documental de la educación en Puerto Rico*, 3ra. edición revisada y ampliada, Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas, 1997, p. 230.

Puerto Rico, James Edward Mc Manus y James Peter Francis y quienes son recordados por sus impropias intervenciones en la política partidista de la Isla.

En el 1949 se funda también el Puerto Rico Junior College, hoy conocido como la Universidad Ana G. Méndez. Asimismo se fueron fundando escuelas de medicina en Bayamón, en Ponce y en Caguas, la Universidad Central (conocida como Los Dominicos), la Universidad Adventista de las Antillas, ambas instituciones religiosas, *American*, *Caribbean*, el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y del Caribe, el Centro Caribeño de Estudios Postgraduados (ahora Universidad Carlos Albizu), la Universidad Politécnica, *Dewey College*, el Instituto de Banca y Comercio, entre otras. Desde los Estados Unidos vendrían en su día *National College*, que luego sería *National University*, y *Phoenix University*. Más recientemente también del norte nos ha llegado *Nova South Eastern University*. El país se llenó de universidades hasta llegar a contar con alrededor de tres docenas y decenas de recintos de estas. No digamos nada de los institutos o instituciones post secundarias, pero que no son universitarias. Dondequiera hayamos establecimientos de educación superior en Puerto Rico. Cuáles son mejores, cuáles no están a la altura que deberían haber alcanzado son preguntas recurrentes que tanto en nuestro archipiélago, como en los Estados Unidos, América Latina, Europa, África y Asia no se responden fácilmente. Nosotros en PR menos porque clausuraron la agencia que los licenciaba y en algún momento los acreditaba, el llamado Consejo de Educación Superior (CES), y han herido de muerte a su heredero, conocido como Consejo de Educación (CE), a cargo ahora tanto del ámbito escolar como universitario.

Como sabemos, en el resto del mundo las instituciones universitarias se mueven entre los *rankings* que a cada una le interesa y que desde luego solo traen a colación quienes aparecen altos en ellos, pero que son despreciados por la mayoría de las IES porque les parecen caprichosos, o porque aparecen muy abajo. De todos modos, a falta de criterios y procedimientos de acreditación

elaborados colectivamente, en Puerto Rico, como en tantos otros lugares, el sentir de algunos es que las universidades ya no son lo que eran antes, que los estudiantes no reciben la formación que antes recibían y que las calificaciones de hoy sufren de inflación, lo que lleva al desprestigio progresivo de ciertas profesiones.

Lo que se hace evidente es que ya no podemos hablar en singular de la universidad. Hoy tenemos que referirnos a universidades porque las hay de todo tipo y porque, a nuestro parecer, aún hay otras que están por llegar. En Puerto Rico durante décadas solo hablábamos de la Universidad y todo el mundo sabía que la referencia era a la Universidad de Puerto Rico. Esto pasó a mejor vida no solo por la proliferación de instituciones post secundarias que acabamos de señalar. Ya no es posible porque también han proliferado las perspectivas desde las que se juzgan. Con la transformación epistemológica que hemos experimentado no podemos pensar en una fuente de veracidad absoluta o en lo que sería su manifestación en la dinámica académica, un único currículo del que todos los estudios tendrían que partir y lo universitario, debo insistir, es una metáfora epistemológica.

La transformación epistemológica - me refiero a los modos de conocer de los que nos valemos - que hemos experimentado en los últimos dos siglos no puede dejarse fuera cuando especulamos sobre lo que hoy es y mañana será la educación, tanto escolar como superior. Se trata de una teorización, pero constituye un evento más real que tantos otros que decimos que tienen gran impacto sobre la civilización y la cultura.

Si la comprensión aristotélica le sirvió de base a la universidad medieval y si los ideales ilustrados fueron el punto de arranque de la universidad liberal, es el reconocimiento y respeto de la pluralidad hermenéutica o interpretativa que se va zanjando a partir de pensadores de estos últimos siglos como Friedrich Nietzsche (1844-1900), lo que posibilita la coexistencia de múltiples

universidades en nuestro mundo actual. Al plantear la “muerte de Dios”, la metáfora de la que se vale el anterior para reiterar con el dramatismo que corresponde a un cambio de tales proporciones, Nietzsche apunta hacia un momento inicial que ciertamente puede describirse como de confusión. “¿Cómo hemos podido vaciar el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar completamente el horizonte? ¿Qué hemos hecho para desencadenar a esta tierra de su sol”¹³? Esto es lo que expresa el llamado loco que Nietzsche presenta como portavoz de aquel evento traumático que vivimos a partir de la Modernidad y que es, metafóricamente, la muerte de la divinidad cristiana. Pero el mismo loco pronto anunciará que las consecuencias del “acontecimiento” que es la muerte de Dios, “no son en modo alguno entristecedoras ni ensombrecedoras, sino más bien como una especie de luz, una felicidad, un alivio, un regocijo, una confortación, una aurora... Ahí está el horizonte despejado de nuevo”¹⁴.

La interpretación que hace en la actualidad en múltiples escritos el pensador italiano Gianni Vattimo (n. 1936) de la muerte de la metafísica, según supuestamente la planteara el filósofo alemán Martín Heidegger (1889-1976), va en la misma dirección. ¿Cómo pensar que hay una sola manera legítima de ver la realidad? Así fue que nos pensamos a nosotros mismos y a la realidad durante más de dos milenios. En esta había claramente un norte y un sur, un este y un oeste, una sola explicación. Cuando se conversa sobre la desaparición de la verdad, o de una verdad que construimos todos, ¿acaso no nos referimos precisamente a la capacidad que hemos ido desarrollando a partir de una hermenéutica que iniciara Martín Lutero cuando solicitaba que cada cristiano, por su cuenta, interpretara las escrituras? Ya nada permanecería igual pues la libertad interpretativa que consiguiera aquel sacerdote agustino padre de la Reforma Protestante, aunque

¹³ “Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*, Madrid: M.E. Editores, 995, aforismo 1995, p. 139.

¹⁴ *Ibid.*, aforismo 343, p. 214.

tardó siglos en cuajar, conduciría eventualmente a la extraordinaria variedad de acercamientos teóricos, aunque no solo teóricos, que hoy tenemos a nuestra disposición.

Naturalmente, esta variedad que se nos plantea a la vez que sugiere que no hay una sola manera de entender lo que la universidad o los estudios superiores significan, asusta a la comunidad de extramuros, a aquellos que no sienten este entusiasmo por el estudio que nos lleva, tan pronto lo descubrimos, a la pasión por lo universitario. El político, aun el mejor de ellos, desea ver los números que le revelan la cantidad de egresados que “produce” la universidad. En otros países se está atento también a las investigaciones que se llevan a cabo y cómo éstas generan tecnología que impacta la economía. Pero nosotros, por la escasez de fondos nativos o porque las líneas de investigación de las grandes fundaciones estadounidenses, la principal fuente de nuestros dineros para la investigación, son determinadas por los intereses de Washington, no por los nuestros, con muy notables excepciones apenas hemos desarrollado esta imprescindible cultura investigativa. Y cuán a menudo ocurre que nuestros colegas tienen que caminar con sus *grants* de institución a institución hasta acabar en los Estados Unidos, porque aquí no les creamos las condiciones para que se puedan dedicar a investigar en ambientes adecuados. Todos recordamos colegas claustrales que han tenido que emigrar porque no los tratamos como correspondía. Algunos se van a la Florida; otras a Boston; otros sobreviven en los fríos de Michigan; aun otros se mudan a California, Washington DC, e Indiana. Pero las investigaciones de estos claustrales dejan un gran hueco, pues para el ambiente universitario, son tan importantes como lo fue transmitir el conocimiento durante siglos. A la enseñanza era a lo que exclusivamente se dirigían las Instituciones de Educación Superior (IES), exceptuando desde luego las grandes universidades alemanas, francesas, estadounidenses e inglesas, donde investigaron universitarios como Albert Einstein y Max Planck.

Pero hoy no es así. La riqueza de la enseñanza superior hoy en día tiene mucho que ver con lo que se investiga en laboratorios que quedan contiguos a las aulas.

Para llegar a contar con esto se necesita paciencia. No podemos atender la dinámica universitaria adecuadamente sin pensar a largo plazo, sin hacer las inversiones de rigor si queremos contribuir a la economía del país, sobre todo en épocas como esta, a servirle como se nos exija, y a graduar estudiantes de calidad. Necesitamos detenernos y pensarnos con seriedad como universitarios.

Mientras, en el resto del mundo hay una lucha entre IES por lo que ellas significan para el desarrollo económico y el bienestar nacional. Por ejemplo, en la China se fundan instituciones exclusivamente para los llamados genios y en el Mediano Oriente, como también en el Oriente, se hacen acuerdos con universidades prestigiosas occidentales para asegurar capital tecnocientífico.

Pero en nuestra sociedad en estos momentos brilla por su ausencia una articulación que pudiese eventualmente garantizarnos cierto acceso a estos acuerdos que sobre todo nos proveyeran una coordinación entre investigación y actividad económica. Admitamos que no es esto lo único que nos debe interesar, pues cómo perder de vista la preparación de maestros, la investigación sobre la salud y el servicio a ella, el estudio de la transformación ambiental que nos espera para volver a hamaquearnos, pero sobre todo en una situación como la que Puerto Rico atraviesa se debería estar trabajando inteligentemente en múltiples facetas de innovación tecnocientífica entre nosotros o aliados a sociedades en donde se está dando. Y no lo estamos haciendo.

La incertidumbre en la que se encuentran tanto IES públicas como privadas en Puerto Rico es preocupante. Ya se vaticinaba desde hace algunos años que un 20% de las IES en los EEUU desaparecerían, allá donde la crisis económica del 2008 se superó pronto y donde la población continúa creciendo. Entre nosotros, la crisis de entonces todavía está presente; la reducción de la

población continuará; prevalece la política económica neo liberal que no le permite al Estado recaudar más fondos y por lo tanto condena al debilitamiento toda la gestión pública; hay además una tendencia a pensar entre los políticos, porque así lo han visto en muchos estados de los EEUU, que las IES deben depender cada vez menos del gobierno. Todo esto nos debería conducir a llevar a cabo una campaña entre la ciudadanía sobre la importancia de lo universitario, pero de para alertarla sobre lo una acción urgente haber preparado para lo que estamos viviendo, pero no ha sido así.

Los universitarios puertorriqueños hemos aprendido muy poco de nuestra historia. Previendo el crecimiento de la población a partir de los llamados *baby boomers*, la universidad del Estado, la UPR, crea el sistema de colegios regionales con el fin de que nuestra población rural y la de pequeños pueblos tuviera acceso a la educación superior. Los jóvenes podían comenzar sus estudios en estas unidades y posteriormente transferirse a los grandes recintos. Pero rechazando la posibilidad de un plan integral que nos pedía la Ley de 1966, muchos hicimos lo posible por convertirnos en pequeños recintos calcados de Río Piedras, sin prestarle mucha atención a la repetición de programas académicos idénticos en las nuevas instituciones. Ni trabajamos el *Plan Integral* que exigía la Ley ni le hemos dado seguimiento al documento *Diez para la Década* que intentó atender el asunto en la primera década de este siglo. Pero además, las universidades privadas hicieron lo mismo más o menos en los años setenta: añadieron colegios que también fueron descritos en sus comienzos como regionales. Pero ahora que no hay *baby boomers* que atender, ¿de dónde vendrán los estudiantes para satisfacer las expectativas de todos lo que deseamos continuar trabajando en la educación superior, tanto en IES públicas como privadas? Tanto las públicas como las privadas tendrán que reinventarse. ¿Pero cómo?

Se tiene que convocar a los políticos para explicarle lo que es una IES de calidad y la importancia que tiene para un país si se pretende dejar atrás el subdesarrollo. ¿Sería posible que lo entendieran? Así lo hicieron los autores de la Ley Universitaria del 1942, quienes plasmaron allí elementos muy valiosos de la universidad liberal de aquellos tiempos. Claro, las nuestras ya no son las universidades liberales de la Modernidad; las nuestras son las múltiples universidades de esta Modernidad más reciente que como ocurría con los estudiantes medievales de Bolonia, acompañan a los estudiantes, donde quiera que estén, en este caso a través de sus teléfonos celulares y *lap tops*. Pero, ¿qué tendremos que hacer para que nos tomen en serio? La estrategia que utilizábamos hace ya algunas décadas y que vi personificada en el gran filósofo francés argelino Jacques Derrida y la conferencia que ofreció entre nosotros, titulada sintomáticamente “la universidad sin condiciones”, no es la adecuada. Si nos dejamos llevar exclusivamente por el título, nunca ha habido universidades sin condiciones. Siempre se han ofrecido razones para evidenciar la necesidad de centros de estudios superiores. Siempre ha habido negociaciones por ver cuáles son los tipos de universidades que se pueden gestar; en el caso de la Modernidad tardía, universidades en plural que respondan a la multiplicidad cognitiva que nos caracteriza.

Tenemos que hacer lo posible porque las decisiones que se tomen se caractericen por el más riguroso análisis. Pero no vivamos de ilusiones pues podría ocurrir que las autoridades políticas no deseen conversar. Y nosotros, ¿hemos estado dispuestos a ello en años recientes? El mundo externo no funciona como lo hacen algunas universidades. Quisiéramos que el fenecido filósofo francés Jean Baudrillard no tuviera razón cuando, en contra del alemán Jürgen Habermas, escribía que “jamás ha habido ni siquiera la sombra o el embrión de un sujeto colectivo responsable ni la posibilidad misma de un objetivo de ese tipo¹⁵. Urge hacer un esfuerzo por ofrecer explicaciones

¹⁵ Ver Baudrillard, J., *Las estrategias fatales*, 4ta. edición, Barcelona: Anagrama, 1994, p.79.

porque así es que los universitarios siempre hemos pretendido comportarnos entre nosotros. Tenemos que hacerle quedar mal y exigir que sea por argumentos que se decida lo que se va a hacer con las universidades privadas de Puerto Rico y la Universidad de Puerto Rico, y el rol que en el nuevo contexto deben desempeñar cada una de ellas.

Si no hay diálogo a la luz de la transformación epistemológica que se vive, ¿qué va a ocurrir? Las grandes universidades de Estados Unidos, con el poder que han llegado a tener, extenderán sus monopolios y muy pronto se quedarán con nuestros estudiantes en línea, como lo harán con los estudiantes de todo el orbe. ¿Pero se podrán trabajar las diferencias según corresponde?

Desaparecerá entre nosotros una fuente de reflexión crítica que ha sido fundamental para el desarrollo de nuestra civilización puertorriqueña. Sin instituciones universitarias sembradas en nuestra realidad se condenará a nuestro país a ser una parada turística más, sin proyecto histórico que nos entusiasme y le dé sentido a nuestra convivencia social. Ha sido la Universidad pública quien frecuentemente nos alertó. Así debería continuar siendo, con una gran diferencia desde luego.

Y es que las IES privadas tienen que aportar a todo lo anterior. Tienen un rol importante que desempeñar y hacerse sentir, según lo hacen ya en ciertas ocasiones. Deben identificar un espacio particular propio que tienen que desarrollar con excelencia. Y no pueden estar exclusivamente atadas a los fondos federales que le permiten crecer cuando se incrementan, pero que las lleva al borde del precipicio, como ahora, cuando las arcas del gobierno federal se dirigen a atender otros asuntos.

El ámbito universitario es amplísimo y siempre habrá múltiples formas de vivir lo universitario: el ratón de biblioteca como el investigador que colabora con la industria, el buen enseñante como el genio que no sabe transmitir nada en un salón de clases, pero que es autor de valiosas teorías. La

solución a los retos que enfrentamos no radica en que cada uno siga por su lado absorto en su pequeña parcela. Lo que se necesita es poner el oído en tierra y dialogar no sobre cómo cerramos programas, sino cómo abrimos otros que debimos haber abierto antes para estos tiempos nuevos de múltiples universidades. Necesitamos más pasión por lo universitario para atender los retos que están frente a nosotros.